

CARIDAD MISIONERA Y COMUNIÓN ENTRE LAS IGLESIAS

Un intercambio de puntos de vista sobre los métodos y posibilidades de una recaudación de fondos sistemática para el trabajo de las Obras Misionales Pontificias (OMP) llama nuestra atención sobre uno de los principales desafíos que enfrenta el trabajo diario de recaudar fondos para la misión de la Iglesia. La pregunta sobre los fundamentos de esta dimensión del trabajo de recaudación de fondos nos pone en una especie de dilema: la misión y el dinero no parecen llevarse bien entre sí.

Por un lado, somos conscientes de las instrucciones de Jesús a sus discípulos sobre la proclamación de la Buena Noticia en las ciudades y pueblos de Galilea: «Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10,8-10). El servicio y la gratuidad caracterizan la credibilidad de quienes difunden la Buena Noticia del reino de Dios en un mundo en el que, por regla general, prevalecen actitudes completamente diferentes. De hecho, la acusación de que los misioneros han hecho su trabajo por interés personal o mediante el uso de incentivos materiales ha dañado repetidamente su reputación y, en consecuencia, ha desacreditado su causa. A la luz de esto, el documento conjunto ecuménico: *Testimonio cristiano en un mundo multirreligioso: Recomendaciones para la acción* (2011) declara inequívocamente que las situaciones de pobreza y necesidad no deben explotarse para alentar a las personas a convertirse mediante seducciones, incluyendo incentivos financieros u otro tipo de compensaciones (Principios, n. 4).

Por otro lado, el trabajo misionero, como una empresa sistemática diseñada para difundir la fe cristiana, necesitaba un objetivo y un plan desde

el principio, para ser implementado con éxito: requería planificación, organización, estructuras y estrategias. Pero, sobre todo, necesitaba recursos: personas capacitadas y equipadas para hacer el trabajo y, en última instancia, los medios financieros necesarios para traducir los proyectos en realidad. La aventura comenzó con la planificación de los viajes misioneros emprendidos por el apóstol san Pablo y sus compañeros. El deseo de proporcionar a los misioneros un amplio apoyo para sus esfuerzos ha sido siempre el principal estímulo para la fundación de las Obras Misionales Pontificias (1822/1922). Incluso hoy, para llevar a cabo su tarea de evangelización, la Iglesia continúa necesitando recursos espirituales y materiales adecuados, que no todas las Iglesias locales tienen a su disposición.

Está claro que la evangelización es imposible sin recursos financieros. Esto plantea la cuestión de cómo se puede recaudar dinero sin dañar la credibilidad de la Iglesia, o la base teológica y ética de los esfuerzos de recaudación de fondos dentro de la Iglesia, en el contexto misionero.

Referencias bíblicas

Lo que inmediatamente llama la atención es el marcado escepticismo de Jesús hacia los bienes materiales y el poder destructivo que pueden tener sobre nosotros. Sus palabras resuenan en nuestros oídos y en nuestros corazones: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios» (Lc 18,25). «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, [...] haceos tesoros en el cielo» (Mt 6,19-20).

Por el contrario, en el Antiguo Testamento se da una importancia considerable al apoyo material a los pobres y a los desfavorecidos. Esto es cierto, en particular, para la prohibición general de la usura, para el perdón de las deudas en un año jubilar y para la entrega de limosnas. Las obras sociales de este tipo no estaban destinadas principalmente a servir a los intereses de los donantes para aumentar su prestigio social. Estaban orientadas, sobre

todo, al bienestar de los necesitados, y ante Dios tenían un significado en sí mismas. En sus agudas críticas a la sociedad, los profetas enfatizan la importancia de estas obras para los marginados y establecen un vínculo entre ellas y la historia de la fe del pueblo de Israel. Jesús toma estas reflexiones y las amplía. Por lo tanto, es Dios quien recompensa las buenas obras y la actitud que las inspira (cf Mt 6,1-4). De hecho, Dios es el que en última instancia se convierte en la buena acción porque se identifica tan estrechamente con el destino de los pobres y de los más humildes que, en cierta medida, ellos le representan (cf Mt 25,31-46).

De particular importancia para nuestra pregunta es la colecta que el apóstol san Pablo solicitó en las comunidades cristianas que fundó para apoyar a la primera Iglesia en Jerusalén. La razón por la que lo hizo fue porque esta Iglesia estaba necesitada: evidentemente, afrontaba una pobreza material a la que no podía hacer frente con los recursos disponibles dentro de la Iglesia de Jerusalén. Por lo tanto, la colecta estaba destinada a expresar el vínculo de la comunión espiritual y eucarística entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles, un vínculo cuyo valor se manifestó, en forma de apoyo concreto, cuando surgió la necesidad real. Esta ayuda no era un acto de caridad, sino más bien un deber espiritual hacia aquellos de quienes se había recibido el don de la fe: un verdadero acto de comunión espiritual por el amor a Cristo y a la evangelización.

El fundamento teológico de la colecta abre así el acceso a la comprensión de la Iglesia por parte del Apóstol. Para san Pablo, las Iglesias no están aisladas entre sí, sino que están unidas por una pertenencia espiritual eucarística. Al igual que las partes de un cuerpo, las Iglesias están interconectadas e interdependientes, y viven en comunión (cf 1Cor 12,12-31). Para él, la experiencia espiritual que subyace y sostiene la unidad de este cuerpo eclesial es Jesucristo, en su revelación, en la predicación del Evangelio y en la Eucaristía. A través de su Espíritu, las partes individuales se integran en el cuerpo mediante el bautismo. En cierto sentido, todas las diferencias discriminatorias entre los seres humanos individuales se disipan en Cristo por el bien de una verdadera comunión fecunda. No hay más judíos y griegos,

esclavos y hombres libres, hombres y mujeres, porque todos son «uno» en Cristo (cf Gál 3,28). La nueva forma de ver las cosas de san Pablo se refleja, en particular, en el significado que él da a los miembros más débiles y humildes, porque «si un miembro sufre, todos sufren juntos» (1Cor 12,26).

Las Obras Misionales Pontificias

Esta imagen de un cuerpo y de sus muchas partes explica no solo la interdependencia de los miembros fuertes y débiles de una Iglesia, sino que también constituye el fundamento de las relaciones de comunión entre las Iglesias locales dentro de la Iglesia universal. Aquí también, los fuertes están obligados a apoyar a los débiles. Esta forma de compartir presenta una diferencia fundamental en comparación con el ofrecimiento de simples ayudas económicas. Si bien el flujo de donaciones es el resultado de una marcada división social entre el donante y el receptor, esta distinción queda abolida en Cristo por la pertenencia común de todas las partes al cuerpo espiritual de la Iglesia universal. Dentro de la comunidad espiritual de la Iglesia universal no se puede hablar de donantes y receptores. Por el contrario, cada miembro tiene algo indispensable que ofrecer, para contribuir a la comunidad de fieles inspirada en el espíritu. Este intercambio de dones permite a los participantes en un solo cuerpo convertirse en hermanos y hermanas que se encuentran en igualdad de condiciones.

Aunque desde el exterior pueda parecer que es una mera ayuda material, la comunión práctica dentro de la Iglesia universal tiene, sobre todo, un significado teológico espiritual. Es esta relación lo que está en la base de la importancia crucial que tuvo la motivación inspiradora de la venerable Pauline Marie Jaricot: la conexión entre la oración diaria por el trabajo de propagación de la fe y el apoyo práctico a los esfuerzos misioneros de la Iglesia a través de una donación regular («cada día un Padre Nuestro y una moneda por las misiones»). La misión se convierte entonces en un esfuerzo común de todos los creyentes, al que cada persona puede contri-

buir. Así la venerable Pauline Marie Jaricot abrió el camino, de una forma muy práctica, a la declaración hecha en el Concilio Vaticano II, según la cual la Iglesia en su conjunto es, por su propia naturaleza, misionera, y cada bautizado participa así en la tarea misionera de la Iglesia de predicar el Evangelio, testimoniando al Señor resucitado, compartiendo los sacramentos y viviendo el amor divino.

La motivación espiritual es la principal motivación para las donaciones y se ve reforzada por los esfuerzos activos. Esta conexión dialéctica es probablemente la razón del éxito rotundo de la idea de la venerable Pauline Marie Jaricot, quien intuyó anticipadamente uno de los elementos esenciales de una recaudación de fondos exitosa. Hoy en día, la recaudación de fondos se entiende como una actividad sistemática llevada a cabo por una organización caritativa con el fin de obtener todos los recursos necesarios para cumplir con su propósito estatutario al menor costo posible. Esto se hace asegurándose que hay una atención constante a las necesidades de los proveedores de recursos. La recaudación de fondos, por lo tanto, está orientada hacia la motivación de los donantes. Los donantes deberían poder saber que están apoyando las misiones a través de su donación material. Al mismo tiempo, el acto de unión fraterna expresado por sus ofrendas debería ser capaz de agregar valor espiritual y motivación a la propia experiencia de vida eclesial y de fe. El éxito de la recaudación de fondos, por lo tanto, tiene que ver ante todo con la motivación y la animación misionera de la fe.

La proclamación del Evangelio, la oración y la invitación a compartir material implican, tanto para quienes recaudan fondos como para quienes donan, una exigente llamada a la conversión. La recaudación de fondos siempre es una invitación a la conversión: todos están llamados a una nueva relación, más espiritual, con sus deseos, sus necesidades, sus intenciones y sus recursos. En esta visión particular, los que recaudan fondos no son los únicos que se benefician, porque también los donantes participan en una nueva comunión construyendo, en nombre del Evangelio, una red de intercambio y fraternidad. La recaudación de fondos como ministerio es un tema que rara vez consideramos desde un punto de vista espiritual.

Para el Evangelio, por otro lado, la recaudación de fondos no es solo una respuesta a una crisis, sino, sobre todo, una forma de servicio para promover la unidad y la comunión en la Iglesia. En cierto sentido, es una oportunidad adicional para proclamar nuestra fe y extender la invitación a otras personas para compartir la misión de difundir la Buena Nueva de Jesucristo y de su Iglesia. Por lo tanto, recaudar dinero es lo opuesto a pedir limosnas. Sabemos que se nos ha dado una tarea clara: toda la humanidad está llamada a ser salvada y a convertirse en un solo cuerpo en Jesucristo. Invitamos a los donantes a invertir libremente los recursos que Dios les ha dado –energía, oraciones y dinero– para este objetivo al que nos ha llamado nuestra fe común.

Recogida de fondos para las OMP

Las observaciones hechas hasta ahora tienen consecuencias prácticas para el trabajo de recaudación de fondos de las Obras Misionales Pontificias. El punto crucial de partida es la motivación del donante, la forma de estimularla y apoyarla. El éxito de la recaudación de fondos se basa en una actividad de animación misionera convincente y estimulante, cuyo propósito es tomar conciencia de la oportunidad que tiene cada cristiano de desempeñar un papel activo en la misión de evangelización de la Iglesia.

El trabajo motivacional debe ir acompañado de oportunidades prácticas para dar una expresión tangible a tal orientación personal. Este es el mayor desafío para el trabajo de recaudación de fondos de las Obras Misionales Pontificias. La comunicación a principios del siglo XIX se limitaba en gran medida a las cartas y publicaciones periódicas, mientras que hoy en día existen muchas formas y medios para mantenerse en contacto con la realidad del trabajo misionero en los distintos lugares. Las personas deben poder experimentar el hecho de que sus aportaciones los convierten en miembros de una red más amplia de personas y actividades que tienen un significado que va más allá de cualquier compromiso financiero. Por esta

razón, la recaudación de fondos para las misiones debe enfatizar constantemente que el dinero obtenido no es un fin en sí mismo. Es más bien una herramienta para promover actividades y obras que, en última instancia, ninguna cantidad de dinero del mundo podría comprar: la predicación del Evangelio de Jesús, la construcción de su Iglesia alrededor de la propagación de la fe cristiana, la celebración de los sacramentos y la realización de muchas obras de la caridad cristiana.

Se atribuye una importancia creciente a la presentación de objetivos concretos y claros que los donantes pueden apoyar y seguir de cerca. Independientemente de cuán importante sea cumplir las expectativas de los donantes, nunca debemos perder de vista el significado real y el propósito de la recaudación de fondos. En definitiva, se trata de participar en la vida de la Iglesia en todo el mundo. Las obras, precisamente porque son pontificias, garantizan el destino universal de los fondos, tratando de ofrecer una distribución justa para que ninguna Iglesia local carezca de lo necesario para evangelizar. Las OMP, al servicio directo del Papa, le sirven en su preocupación como Pastor de la Iglesia universal también en esta dimensión material y económica de la misión. Se trata de hacer posible que todas las Iglesias vivan su responsabilidad bautismal hacia la misión.

Deseando hacer hincapié en que todos los fondos recogidos durante el mes de octubre 2019 se ofrecerán al Papa para los costes de la evangelización, reafirmamos que la contribución de la experiencia de nuestros directores nacionales y diocesanos es extremadamente valiosa. Repensar la naturaleza eclesiológica y el papel de las OMP, confiando en su relanzamiento durante el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, también significa reconsiderar este aspecto. El apoyo material a la misión de proclamar el Evangelio siempre ha representado la extensión de la fe y las oraciones de un gran número de cristianos para la *missio ad gentes*. La construcción de iglesias y capillas para el culto y de lugares para la catequesis y la formación cristiana, junto con otras actividades como la traducción a los idiomas locales de la Escritura, de los textos litúrgicos, de los documentos de la enseñanza magisterial del Papa, necesitan gestos concretos de la

caridad cristiana para las misiones. La formación de los catequistas, de los agentes de pastoral y los católicos que participan en los asuntos seculares, además de la formación de los seminaristas y novicios, hombres y mujeres, siempre ha formado parte de la animación misionera de las OMP. Por lo tanto, la tarea de repensar la dimensión económico-material de las OMS, enraizándola en la misión de anunciar el Evangelio y de edificar la Iglesia, será de gran beneficio para todos.

Aunque la ayuda dada se debe usar para las necesidades específicas de las Iglesias locales individuales, y estas tienen el derecho a evaluar sus propias necesidades, la comunión y la universalidad de la Iglesia deben crecer gracias a este trabajo de concienciación y recaudación de fondos. En consecuencia, se deben establecer estructuras para coordinar las actividades de los diversos actores involucrados en esta obra misionera.

Por lo tanto, se debe atribuir gran importancia a la contabilidad, para verificar el uso correcto de las donaciones recibidas y cumplir con las reglamentaciones pertinentes vigentes en los distintos países. Nunca debe existir la menor duda de que el recaudador de fondos está haciendo todo lo posible para cumplir el objetivo común sin perseguir otros intereses. Debe prestar atención a la admonición de Jesús: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8b).

La recaudación de fondos y la misión no deben ser opuestas e irreconciliables. Sin embargo, es indispensable que haya una reflexión ética sobre las oportunidades de las actividades de recaudación de fondos y sus límites, en el contexto de las actividades de la Iglesia, ya que no todo lo que es posible es necesariamente correcto. Dentro del abanico de posibilidades abiertas, debe hacerse una elección acorde con el carácter específico de las Obras Misionales Pontificias. En definitiva, esto significa dar prioridad a las actividades que contribuyen a la realización del cumplimiento de la tarea misionera de Jesús.